

# LA ADMIRACIÓN COMO VALOR MORAL

Aurelio Arteta. Universidad del País Vasco

## 1. *La apoteosis de la normalidad*

Basta escuchar el ruido ambiental para concluir que el sentimiento (y el valor) de la admiración no es propio de nuestro tiempo. Al contrario, lejos de prestar reconocimiento a lo que nos supera en valía, hoy asistimos al triunfo incontestable del hombre normal. Pongamos el oído: «es una persona de lo más *normal*», se oye decir a cada instante. Y esto se dice no sólo en su sentido psicológico o médico de «sano» frente a lo tenido por «anormal» o «patológico», ni tampoco sólo en su acepción sociológica de «común», «regular», «habitual», «ordinario»... y en contra de los rasgos opuestos. Lo decimos *sobre todo* en su sentido e intención moral, como un juicio de valor positivo expresado acerca de la calidad de una persona o un comportamiento. Más que una mera descripción, se trata de una verdadera prescripción: antes que nada, hay que ser normal, es decir, como todos. Adorno ya había advertido que «la normalidad es la enfermedad de nuestro siglo». He aquí, pues, esta tremenda paradoja: que lo juzgado común y corriente, lo que hace cualquiera y corresponde al montón, la conducta media, de la medianía o del promedio social... sea precisamente lo que valga y merezca aprobación. De suerte que lo normal se vuelve norma y se postula el ideal del mediocre. No se puede expresar mejor la inversión misma de la tarea moral, si es que ésta persigue lo sobresaliente, la excelencia o la perfección.

Sería largo ponerse a detectar las raíces de este fenómeno a la vez sentimental y moral. La pasión democrática de la igualdad (y la tendencia consiguiente al resentimiento), la reducción valorativa al valor y equivalencia mercantil, la universalidad y fugacidad de las modas, ciertos requisitos de la cultura de masas, etc. estarían sin duda a su base. Pero lo cierto es que semejante triunfo de la normalidad viene a una con la creciente decadencia o, mejor, con el rechazo radical de la admiración. ¿Acaso no escuchamos asimismo cada día eso de que «no tengo por qué admirar a nadie», «nadie es más que nadie» y, como su condición o su corolario, aquello de que «no debo compararme con nadie» y «uno debe ser él mismo»? Hoy admirar se ha vuelto sospechoso, cuando no claramente reprobable, algo de lo que deberíamos avergonzarnos y, en consecuencia, una emoción que no conviene manifestar. Al fin y al cabo, toda admiración nos hace de menos en la medida en que nos reconoce desiguales por inferiores: ¿cabe mayor afrenta al dogma social vigente?

Y, sin embargo, vengo aquí nada menos que a predicar la urgencia de recuperar la admiración no sólo como sentimiento moral, sino hasta como una virtud; es

decir, no ya sólo como síntoma de la disposición favorable hacia los valores, sino como un valor fundamental él mismo. La admiración es a la vez instrumento y medida del progreso moral: moralmente somos lo que admiramos y tanto cuanto somos capaces de admirar. Sirva esto de preámbulo para lo que sigue.

## 2. La admiración y el asombro (*admirarse-de* y *admirar-a*)

La voz *admiración* encierra un doble sentido, que nuestro lenguaje ordinario dis-cierne sin dificultad aunque no suela reparar en ello. Una cosa es admirarnos de algo o de alguien, otra bien distinta admirar algo o a alguien. En su primera vertiente, admiración significa asombro y se expresa en multitud de sinónimos tales como sorpresa, extrañeza, pasmo o estupefacción (dentro de la jerga juvenil contemporánea, la «alucinación» vendría a decir algo parecido: «quedarse alucinado» vale a menudo tanto como admirarse). En su otro sentido, la admiración denota el reconocimiento y la aprobación de alguna excelencia; o sea, de una cualidad propia de una persona, de un acto o de una institución que se nos ofrece en grado sobresaliente. El objeto de la admiración asombrada es todo lo extraño, sorprendente o maravilloso, ya proceda esa sorpresa de su carácter novedoso e inusitado, ya de su apariencia extraordinaria y fuera de lo común. El otro género de admiración, en cambio, se refiere sólo a lo que nos atrae por su eminencia y superioridad, y despierta por ello tanto nuestra elevada estima como la voluntad de hacerlo nuestro. Y este segundo modo de admiración, que llamaremos práctica o moral, es el que aquí nos interesa.

Lo que el hablante común distingue sin especial problema no siempre ha sido distinguido en la historia del pensamiento. Al contrario, ese doble sentido del admirar aparece a menudo confundido, como sería el caso de Gracián. Al relatar la historia de las «esmeraldas del indiano», y en el mismo párrafo, lo mismo el enorme aprecio del perito por el valor de las gemas que la extrañeza de su dueño ante la desproporción en que aquél las tasa se nombran como una sola y al parecer idéntica *admiración*<sup>1</sup>. En demasiadas ocasiones, ambas acepciones se presentan mezcladas, y juntas contribuyen a formar el concepto: si uno llama a la admiración «una sorpresa llena de respeto», otro define este sentimiento como «la aprobación acrecentada por el asombro y la sorpresa»<sup>2</sup>. Los hay, en fin, sabedores de semejante ambivalencia semántica, que prefieren -como Platón y Aristóteles- denominar admiración a la maravilla provocada por lo desconocido y reservar los nombres de emulación, veneración y otros para la emoción particular que brota ante el espectáculo de la excelencia.

Por ahora, nos contentaremos con dos cruciales diferencias apuntadas ya por Descartes. Tras definir la admiración como «una súbita sorpresa del alma que le hace considerar con atención los objetos que le parecen raros o extraordinarios», añadirá que esta pasión «no tiene por objeto el bien o el mal, sino solamente el

<sup>1</sup> *El discreto* XI, p. 286.

<sup>2</sup> Respectivamente Vauvenargues, *Des lois de l'esprit. Florilège philosophique*, p. 78 y A. Smith, *Teoría de los sentimientos morales* I, I, 4.

conocimiento de la cosa que se admira»; o, lo que es igual, la sorpresa admirativa nos sobreviene antes de saber si el objeto que la suscita nos es conveniente o no<sup>3</sup>. Pues bien, la admiración que aquí vamos a considerar muestra perfiles bien diversos.

De un lado, porque es precisamente la bondad (y también otros valores, como la belleza, la verdad o la santidad) que se revela en ese objeto, y en un grado excelso, el que la suscita. La comparación en valor, y a la postre la superioridad del objeto sobre su observador, que funda esta relación entre admirador y admirado, está ausente de la admiración que se limita a sorprenderse. Así que podemos sin duda asombrarnos no ya sólo de lo en este sentido admirable, sino también de lo sumamente despreciable; pero no cabe admirar todo lo asombroso, sino que son muchas las veces en que nuestra reacción inmediata consiste más bien en su repudio. Uno y otro sentimiento se distinguen además por la muy diversa disposición que en su sujeto engendran, o, si se prefiere, por los diferentes planos de realidad en que ellas discurren o que activan. Pues mientras el pasmo admirativo se nutre de alguna ignorancia y abre el camino del conocimiento, la admiración de lo excelente brota de la conciencia de nuestra imperfección y apunta a un crecimiento en valor. Aquél muestra y dispara nuestra voluntad de saber, ésta revela y a un tiempo alimenta nuestra voluntad de ser y valer. Ambas, en suma, son emociones humanas fundamentales, pero la una está a la base de la *teoría* y la otra en la raíz misma de nuestra mejor *praxis*.

Y, sin embargo, admitamos que tanto una como otra clase de admiración *parecen* tener algo en común: precisamente el asombro ante lo inusual o inesperado. Ambas admiraciones comparten el rasgo de ser sentimientos frente a lo extraordinario, por más que en una eso insólito sorprenda en tanto que desconocido y misterioso, y en la otra arrastre gracias a su cualidad de valioso en grado eminente. Por la misma razón, las dos se despiertan ante la novedad y la rareza. Y, aunque el contenido respectivo de lo escaso y novedoso varíen sustancialmente para cada una de ellas, San Agustín ya dejó dicho que «las cosas que son raras son las admirables»<sup>4</sup> y nuestro Gracián sentenciaba que «la costumbre disminuye la admiración y una mediana novedad suele vencer a la mayor eminencia envejecida»<sup>5</sup>. De igual manera, se diría que ambas emociones se originan de lo repentino...

Así y todo, esa pretendida semejanza resulta hartamente superficial y, las observaciones que lo avalan, más que cuestionables. Para la admiración teórica o asombrada, porque ésta también surge a la vista de los fenómenos comunes y acostumbrados: la regularidad misma es tan digna de mirarse como la excepción que la contraviene. En cuanto a la admiración práctica, sobre todo, porque en ella el asombro que produce el espectáculo de la excelencia en cualquiera de sus manifestaciones no forma parte de su naturaleza, sino que le adviene a modo de consecuencia. El estupor que en este caso acompaña a la admiración, en lugar de coincidir con su esencia, deriva de ella tan sólo como una propiedad. Ya esto bastaría para evitar la

<sup>3</sup> *Las pasiones del alma* 70, 71 y 53. Cfr. Th. Hobbes, *Leviatán*, c. XXXVII.

<sup>4</sup> S. Agustín, *La ciudad de Dios* XXI, VIII.

<sup>5</sup> B. Gracián, *Oráculo manual y arte de prudencia*, 81.

tentación de hacer del asombro algo así como el género del que una y otra forma de admiración fueran sus especies particulares.

Y es que son asombros en verdad muy dispares. El causado por algo inesperado se agota en la presencia misma del hecho inusual; en cuanto éste se repita, deja de ser infrecuente y con ello desaparece la admiración que al principio se le tributó. La perplejidad inicial no resiste la repetición ni la prolongación en el tiempo. Para renovarse, necesita de otro acontecimiento no menos novedoso que el anterior; de lo contrario, su emoción admirativa será tan fugaz como el objeto que la provocó.

Cosa bien distinta sucede en la admiración de lo que nos excede en valor. La superioridad que aquí se pondera no depende de su carácter repentino y en nada decrece ni mucho menos se anula por su permanencia. En realidad, el admirador la requiere hasta el punto de que dejaría de serlo (quedaría defraudado) como aquella magnífica cualidad que celebra en lo admirado viniera a menos o desapareciera. Al revés de lo que antes sucedía, se trata de un asombro que continúa vivo y entusiasta cuando se extingue la extrañeza inicial de aquella maravilla. O, lo que es igual, la admiración práctica no se cansa de lo admirable.

Tampoco está prendida de la escasez ni desaparece con la frecuencia de su objeto admirado. Es verdad que lo eminente, lo que excede del valor común, no puede ser abundante. Pero aquello que admiramos en lo excelente no es desde luego su rareza, sino justamente su excelencia. Y, lo que es más, la excelencia no resulta de su escasez, sino de la comparación valorativa que en cada caso se establezca; medimos el grado de valor de un hombre por referencia al ideal abstracto o al valor promedio de los demás hombres, igual que el valor de lo humano con relación al que atribuimos al reino de lo inhumano. De suerte que, a fin de cuentas, tan admirable es el genio o el héroe únicos en su especie como la humanidad común a todos los seres humanos. Y esto último lo sabríamos si, como también advirtió San Agustín, nos habituáramos a contemplar otras maravillas además de las raras.

### 3. Definición y cuestiones apuntadas

Así que, definida en su forma más escueta, la admiración es un sentimiento de alegría que brota a la vista de alguna excelencia ajena y que suscita en su espectador el deseo de emularla. De igual modo que toda emoción contiene un elemento afectivo, perceptivo y desiderativo, así la alegría, el reconocimiento de la excelencia y la emulación serán los tres componentes esenciales de la admiración.

Digo que el tono afectivo de la admiración es de *alegría*, pese a que también acoge alguna tristeza en la medida en que todo reconocimiento y aplauso de la superioridad ajena supone la confesión de la propia inferioridad y relativa impotencia. Añado que lo admirable ha de estar *a la vista*, porque es su espectáculo -o su representación, pero no la pura reflexión- el que de hecho la provoca. La admiración se tributa a alguien, un sujeto real o imaginario, individual o colectivo; o a algo, bien sea una acción personal o institucional. He mencionado *alguna excelencia* con una doble intención: de una parte, para dejar sentado de antemano que lo

admirable no equivale a la perfección misma y sin fisuras, sino nada más que a alguno de sus aspectos; de la otra, claro está, a fin de proclamar sin demora que esa excelencia (y la clase de admiración que le corresponde) es múltiple y variada, aunque aquí la limitaremos con preferencia a la excelencia (y consiguiente admiración) moral. Y, en fin, aludimos al *deseo de emular* a sabiendas de que en él se resumen también los de alabanza e imitación.

Pero el campo de juego que esta emoción abarca es tan amplio, que será bueno indicar siquiera las cuestiones dejadas aquí de lado a fin de disponernos al tratamiento de las pocas seleccionadas. Por lo pronto, repárese en la presencia de otras dimensiones de esta admiración práctica, como serían la estética, la religiosa o la política. Una vez fijada en su forma específica de admiración moral, convendría resaltar el vínculo necesario entre esta clase de sentimiento y la autoevaluación comparativa. El hombre no sólo es el animal que valora, sino también el que *se valora*, y esa autovaloración la puede llevar a cabo (según vieron A. Smith y Kant) tanto con arreglo a una pauta ideal de conducta como por comparación con el valor de los demás hombres. Y ya hemos indicado los deseos emanados de la admiración, que incluyen también por cierto el impulso a despreciar lo opuesto de lo que admiramos. Además, habría que referirse a aquellas emociones afines a la admiración, que formarán algo así como el talante del admirador (entre ellas, la magnanimidad así como la ambición y el afán de gloria, pero también el pudor, el sentimiento de justicia y hasta la compasión). Como tampoco cabe olvidar sus pasiones contrarias, que irían desde la indiferencia y un género de desprecio distinto del anterior hasta la envidia y, claro está, al resentimiento. Y, en fin, tocaría referirse a los modelos de la admiración, a esas figuras ejemplares que se resumirían en la figura del héroe moral... De todo ello, y de mucho más (puesto que aún quedaría el paso de este sentimiento a su conversión en virtud y, por tanto, del papel de la admiración en la educación moral), vamos de momento a prescindir.

#### 4. ¿Y qué es lo admirable?

Hemos dicho que lo digno de ser admirado es lo moralmente excelente. O sea, aquello que parece encarnar con mayor aproximación el ideal moral; pero también, y por ello mismo, lo que sobresale del valor común de los hombres, lo que excede en bondad respecto de acciones ordinarias, lo que sobrepasa en el cumplimiento del deber el grado medio o el nivel habitual de las conductas.

1. Lo admirable no se confunde, pues, con lo meramente estimable, aprobable o respetable. A la simple corrección le corresponde aprobación, pero la excelencia merece admiración<sup>6</sup>, que sería una aprobación mayúscula. También Kant distinguía entre el respeto y la admiración o veneración, como los sentimientos respectivos ante el valor común y el valor eminente, las emociones que suscitan el ejercicio del deber obligatorio y el cumplimiento del deber meritorio. «Podemos apreciar algo en sí mismo, pero sólo podemos tener en gran estima y venerar aquello que posee

<sup>6</sup> A. Smith, o.c. I, I, 5, pp. 76-77. Cfr. I, I, 4, pp. 68-69.

un valor meritorio... Por tanto, uno consigue ser respetado y apreciado, mas no tenido en gran estima y venerado, cuando es recto, honrado y puntual en la observancia de su deber, pero esto se le puede pedir a cualquiera»<sup>7</sup>. Lo admirable rebasa con creces lo universalmente exigible y por eso despierta, no ya sólo respeto, sino una estima superlativa.

Todo hace suponer, según eso, que serán pocos los hombres y acciones dignos de admiración. Tan es así, que Adam Smith consideraba que para ello basta encarnar un valor en grado superior al alcanzado normalmente por la mayoría, «por más apartado que esté de la perfección absoluta»<sup>8</sup>. Erigido lo estadístico en criterio de la admiración, admirable sería algo valioso en tanto que socialmente minoritario. El rigorismo moral de Kant, en cambio, hila mucho más fino al no consentir que lo bueno, tan sólo por su condición de escaso, singular o excepcional, pase ya como digno de veneración. Lo que antes se razonó a propósito de su relación con el asombro, vale también para el vínculo entre admiración y escasez: a saber, que ésta se sigue del carácter de lo admirable, pero en modo alguno forma parte de su concepto. Frente a lo meritorio, lo bueno a secas puede ser abundante y no por ello resulta menos respetable; pero no porque la buena conducta escaseara en el mundo se volvería acreedora de admiración. Si tal cosa ocurriera, no sólo levantaría un signo de interrogación sobre la moralidad reinante, sino que sería señal inequívoca de que la jerarquía entre estos valores se ha puesto cabeza abajo. En una situación así, la honradez seguramente asombre y maraville por lo inusitada, pero no debe admirar.

2. Un paso más y hay que decir que lo admirable tampoco es siempre lo mismo que lo admirado. Aquel criterio sociológico, que contribuye a fijar los términos de lo excelente según la media social vigente del valor, puede acabar borrando cualquier rastro de criterio moral: sería admirable sencillamente lo que *se admira*. Antes aquel punto de vista cuantitativo tendía a confundir lo digno de admiración con lo que sólo una minoría encarnaba y, por fuerza, tenía que valorar en el más alto grado. Ahora esa misma mirada calculadora termina dictando como admirable, no ya lo que casi todos practican en sus vidas (porque eso sería contradictorio), pero sí lo que la mayoría consagra como tal. En ambos casos, ciertamente, lo admirado es escaso, pero allí era determinado por unos pocos y aquí por la multitud de admiradores; mientras aquéllos podían elevar lo bueno y merecedor tan sólo de respeto al rango de admirable, estos últimos pueden llegar a convertir en digno de admiración a lo vulgar o incluso a lo directamente detestable. Ya sentenció Boileau que *un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire*.

Ni que decir tiene que éste es el riesgo que acecha a la admiración dispensada por la masa. Uno más entre tantos como la han denigrado a lo largo de los tiempos, a ella se refirió Gracián cuando le daba por objeto lo ostentoso y afectado, si no lo paradójico, que embauca a los necios y a los que no se atreven a la virtud<sup>9</sup>. Es la

<sup>7</sup> *Lecciones de ética*, pp. 231-32. Pero en la *Crítica de la razón práctica* (I, c. 3) respeto y admiración se consideran sentimientos análogos.

<sup>8</sup> o.c. I, 1, 5, p. 78.

<sup>9</sup> *Oráculo*, 143. Cfr. 58, 106, 123 y 254; *El discreto* XIII, XIX y XX.

que, atenta sólo a lo palmario y no a lo más oculto, volcada hacia las empresas plausibles, que no a las que juzga odiosas porque contrarían sus costumbres, contribuyó a labrar para Hércules una fama que mucho más merecía Catón<sup>10</sup>. La misma generalidad del aplauso denuncia su vulgaridad, porque la admiración verdadera es cosa de los pocos que saben percibir lo eminente.

Un siglo más tarde D'Helvetius, al divagar sobre las varias especies del «espíritu» apreciado en cada siglo y de la «estima» que se le presta, aporta ciertos rasgos que separan la admiración esclarecida de la más vulgar<sup>11</sup>. Esta será, por lo pronto, una admiración segregada por la *moda*, momentánea y dependiente de los cambios producidos en la sociedad, el gobierno o los prejuicios de las gentes, a la que se opone otra de carácter invariable y duradero, nacida de la naturaleza humana. De modo paralelo, aquella primera «puede considerarse como el efecto, o bien del respeto que se tiene por la opinión pública, o bien de la confianza que se tiene en el juicio de ciertas personas y que llamo *estima bajo palabra*». De esta clase es la admiración dedicada a los Descartes y los Newton, cuyos admiradores se la tributan como se respeta la obra de la propia imaginación o «porque, estableciéndose como jueces del mérito de un hombre como Newton, creen asociarse a los elogios que le prodigan». Bien distinta es la que nuestro ilustrado llama *estima sentida*, ajena en su origen a la opinión común, que sólo puede nacer de lo semejante a uno mismo y que caracterizaba a la admiración antigua.

3. Pero ya es hora de dejar la admiración al uso, porque buscamos lo admirable y no lo de hecho admirado. Sabemos que lo admirable es lo excelente, pero conviene aquí desplegar uno a uno aspectos parciales de su significado.

No cabe, por ejemplo, equiparar (como le tienta hacer a Aristóteles<sup>12</sup>) lo excelente a lo honorable, que eso sería reducir demasiado su sentido al limitarlo a los bienes que gozan de la estima pública. Excelente puede ser en una situación dada hasta lo que se tiene por deshonesto, y en tal caso la admiración encerraría el valor añadido de desafiar el consenso vigente acerca de la tabla de valores. Excelente es, desde luego, lo eminente, pero con tal de ser una «eminencia en lo mejor»<sup>13</sup>, porque «ser eminente en profesión humilde es ser algo en lo poco» y vale más ser segundo en una primera categoría que primero en una segunda.

Pero la lista sería interminable y sería mejor desembocar en su resumen: lo excelente del ser humano, y lo admirable por antonomasia, es su *virtud*. A riesgo tal vez de defraudarles, no creo oportuno discutir ahora acerca de este concepto de virtud, ni encarar la pregunta sobre la variación histórica o cultural de sus contenidos y, por ello, de la cambiante jerarquía entre los objetos de la admiración. Tomo la virtud sin más en su acepción clásica de excelencia en el ejercicio de la función y acción humanas, la considero también al modo spinoziano como el modo mejor

<sup>10</sup> *El Héroe* VIII, pp. 129-30.

<sup>11</sup> Las citas e ideas recogidas pertenecen a *De l'Esprit* II, 19, p. 228; II, 4, pp. 142 ss; y III, 29, pp. 384-389.

<sup>12</sup> *Retórica* II, 11. Aunque también las virtudes y cuantas otras cosas sean provechosas y benéficas sean susceptibles de emulación, para Aristóteles lo son porque «a los benefactores y a los buenos se les tiene en mucha consideración» (1388 b ll).

<sup>13</sup> B. Gracián, *Oráculo* 61, p. 384. Cfr. también 63 7 75.

del *conatus*, añadido con Kant la conciencia moral, y con ella la libertad y dignidad, como sus condiciones de posibilidad... y sigo adelante.

4. Pues el caso es que surgen todavía varias cuestiones merecedoras de algún debate. No es sencilla de responder la que pregunta si la admiración puede dirigirse por igual a una excelencia otorgada por la naturaleza, la casualidad o la fortuna que a la conquistada gracias el mérito y al empeño de su sujeto. Pues, si la virtud es lo admirable, en principio sólo cabría admirar a los virtuosos cuyos bienes fueron logrados con esfuerzo y determinación, los que han resultado del ejercicio de su libertad, y no de una gratuita concesión de la necesidad. Claro que unas excelentes cualidades naturales se pierden como no se cultiven con denuedo o se desbaratan si son mal empleadas: «El mérito de un hombre no debe juzgarse por sus buenas cualidades, sino por el uso que sabe hacer de ellas»<sup>14</sup>. Pero, aunque ese mérito personal quedara reducido a nuestros ojos (y la propia mediocridad resentida por el desigual reparto de dotes y talentos puede invitarnos incluso a su desprecio<sup>15</sup>), no por ello dejarían de ser admirables. Tan sólo hemos de saber que, esa excelencia que al otro le fue dada desde el principio, nos será a nosotros más costoso hacernos con ella.

Por su parte, sólo el celo apologista de Pascal puede sostener que lo más admirable permanece oculto: «Las bellas acciones ocultas son las más estimables», hasta el punto de que su mayor belleza reside precisamente en haberlas querido ocultar<sup>16</sup>. Repliquemos que será el cristiano, y no el gran hombre, quien debe preocuparse de que su mano derecha no sepa lo que hace la izquierda. Lo admirable desborda por todos lados los confines de lo humilde. Nada cuesta, pues, admitir la existencia -y todo lo frecuente que se quiera- de héroes anónimos, pero su anonimato por sí mismo no les vuelve más excelentes que los héroes declarados y reconocidos. De tomar aquella tesis en serio, el concepto de admiración sería un puro sinsentido y su objeto negado de raíz, pues ¿cómo admirar eso que, en cuanto fuera mirado, perdería ya lo mejor de su valor?

Habrà quien sostenga que la admiración se dirige con preferencia a los logros efectivos más que a las promesas incoadas en los grandes talentos, por lo mismo que el magnífico edificio parece encerrar mayor valor que su mero proyecto<sup>17</sup>. Ese tal olvida que la virtud tanto es *areté*, o excelencia cumplida y terminada, como *virtus*, o fuerza y coraje en adquirirla, y que tan admirables -si no más- pueden ser los propósitos que su ejecución. Para La Rochefoucauld, el mérito de la acción reside ante todo en la magnitud de su intención, de manera que «las almas grandes no son aquellas que tienen menos pasiones y más virtud que las almas comunes, sino las que tienen mayores designios»<sup>18</sup>. En realidad, medir la valía de una empresa tan sólo por su grado de éxito es prueba de raquitismo moral y de esa admiración

<sup>14</sup> La Rochefoucauld, *Máximas* 436.

<sup>15</sup> Para Scheler, el resentimiento se expresa en la primera regla de la moral moderna: «Sólo las cualidades, acciones, etc., que el hombre como individuo adquiere, realiza, etcétera, por su esfuerzo y trabajo, tienen valor moral» (o.c., pp. 179 ss.).

<sup>16</sup> *Pensamientos* 148.

<sup>17</sup> A. Smith, o.c. II, III, 2, p. 209.

<sup>18</sup> *MS*, 31; *Máximas*, 160.



vulgar que se encandila con lo brillante y se disuelve con la mala fortuna de lo antes admirado. También el fracaso es admirable, cuando revela la grandiosidad de su intento. En último término, como ya supo Plutarco, «lo seguro es sólo objeto de alabanza, pero lo arriesgado es también admirado»<sup>19</sup>. Así que quienes están lejos de ser admirables y los incapaces de admirar apenas corren el riesgo de fracasar, seguramente porque son unos prematuros fracasados.

Es una convención bastante unánime hacer de la Antigüedad el depósito privilegiado de la excelencia. El descontento de los hombres, siempre disgustados porque la fortuna no les permite conseguir lo que por naturaleza desean, observa Maquiavelo que les lleva siempre a «vituperar los tiempos presentes, alabar los pasados y desear los futuros». Manía insensata, resaltaré Kant, ésta de atribuir a los antiguos tan sólo por su antigüedad una superioridad sobre los modernos en talentos y buena voluntad, «como si el mundo, según leyes naturales, perdiera constantemente su perfección originaria»<sup>20</sup>. Pero, aunque él mismo recele haber caído en ella, no le parece al florentino tan infundada esa manía, de tenerse en cuenta al menos dos factores que inducen a esta tópica y a menudo falsa admiración: por un lado, que la verdad del pasado ha sido por lo general manipulada mediante la magnificación de sus glorias y el disimulo de sus infamias, a tenor del interés de los narradores ulteriores; y más aún porque, «como los hombres odian las cosas por temor o por envidia, en las cosas pasadas han desaparecido las dos causas más poderosas del odio»<sup>21</sup>. Aquel prestigio y tal presunta grandeza de los antiguos a los que tendemos a admirar sobremanera tienen como fundamento, entre otros, el que ni pueden ya hacernos daño ni menoscabar nuestro orgullo. Al contrario, si nos mostramos más reacios hacia los contemporáneos, en cierta medida se deberá a que, siendo éstos todavía objetos probables de nuestro miedo o envidia, no es fácil que lo sean también de nuestra admiración.

A primera vista, y puesto que por naturaleza excelente es sólo lo que sobresale en perfección, todo sugiere que el objeto de la admiración deberá ser la sobreabundancia del bien. Pero oigamos de nuevo a Pascal: «No admiro el exceso de una virtud, como la del valor, si no veo al mismo tiempo el exceso de la virtud opuesta: como en Epaminondas, que tenía el valor extremo y la extrema benignidad... No se demuestra su grandeza por estar en un extremo, sino más bien por alcanzar los dos a la vez y llenar todo lo que hay entre ambos»<sup>22</sup>. Podría replicarse, conforme a la doctrina clásica, que no hay exceso en la virtud porque ella misma es el exceso de lo bueno en su orden particular; situada en medio de dos extremos viciosos, la virtud es también un extremo o cúspide que destaca sobre los otros dos. Con todo, no está de más recordar lo fácilmente que una virtud -aquí la valentía- incurre no sólo en su atractivo exceso de temeridad, sino en el vicio repugnante de la injusticia o de la crueldad para con aquellos a los que se enfrenta. Es así como aquel valor,

<sup>19</sup> «Sobre la educación de los hijos». *Moralía* I, p. 62.

<sup>20</sup> I. Kant, *La Metafísica de las costumbres* II, I, 33, pp. 326-27.

<sup>21</sup> Las referencias a Maquiavelo corresponden a *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* I, «Proemio», p. 26; II, «Proemio», pp. 177-78 y 180.

<sup>22</sup> *Pensamientos* 323. Cfr. 325.

para no dar en odioso, tiene que ser compensado mediante la benignidad, de tal suerte que merecerá admiración tan sólo ese valiente que sea a un tiempo benigno. En suma, que cada excelencia habrá de acompañarse de la excelencia contraria.

¿También de todas las demás? Se ha discutido si esta admiración práctica debe ser parcial o total, es decir, si el sujeto admirable lo es en su totalidad o bien tan sólo por uno o varios aspectos sobresalientes. Demasiado contundente se ha mostrado en nuestros días Simone Weil, según la cual sólo merece admiración legítima la perfección y pureza intachables de los hombres; en cuanto descubramos la injusticia de quienes la historia ha encumbrado como héroes, nada nos obligará a admirarles. «Lo esencial es admirar únicamente lo que se puede admirar con toda el alma. ¿Quién puede admirar con toda el alma a Alejandro, como no tenga bajeza en el alma?»<sup>23</sup>.

De seguir esta pauta, la admiración quedaría vacía y privada de objeto capaz de desencadenarla; tanto evocarla como prestarla sería un simple engaño o una convención carente de valor. Y es que nadie puede ser admirable en todo. Los talentos y cualidades poseídos por los hombres sólo se poseen por exclusión de otras capacidades y destrezas, de manera que esperar su perfección equivaldría a exigir de alguien que reuniese cualidades contradictorias. Si ese tal existiera, se situaría tan fuera del alcance de nuestras posibilidades de imitación y perfeccionamiento que por fuerza nos parecería repelente: dañaría de forma irreparable nuestra autoestima. En realidad, sería más objeto del odio y de la envidia ajena que de su admiración. Por fortuna, a este respecto se puede confiar en la naturaleza, «que ha provisto a cada hombre de la suficiente dosis de defectos como para que sea soportable»<sup>24</sup>. Una admiración absoluta y sin fallas ha de ser de naturaleza religiosa: o a las claras, y se confundiría con la reverencia y el culto a lo trascendente, o de forma más disimulada, y entonces equivale al *entusiasmo* del admirador y al *endiosamiento* de lo admirado. Puro *fanatismo*.

Esa admiración total no sólo se niega a sí misma por negar su objeto apropiado: «¿quién es tan perfecto como para carecer de bastantes superiores en muchos aspectos diferentes?»<sup>25</sup>. También es imposible porque no hay sujeto capaz de prestarla. En efecto, nadie puede ser admirador de todo lo en puridad admirable, sino que cada cual ha de limitar su campo de admiración a aquella excelencia que le sea más acorde e interesante. Lo contrario sería un sentimiento bobalicon, por indiscriminado. El admirador juicioso, sin embargo, «califica los objetos y gradúa los sujetos; no lo admira todo ni lo desprecia todo; señala, sí, su estimación a cada cosa»<sup>26</sup>.

Pero hay todavía otra razón más poderosa para que lo admirable sea tal nada más que en algún aspecto y, la admiración que se le rinde, parcial y selectiva. Se trata de esa peculiar condición por la que el hombre -en palabras de Pascal- se encuentra entre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño y por la que no

<sup>23</sup> *Echar raíces*, p. 180. Cfr. pp. 178-84.

<sup>24</sup> D'Helvetius, o.c., IV, 10, p. 510. Cfr. IV, 14, pp. 530 ss y IV, 15, pp. 543-44.

<sup>25</sup> A. Smith, o.c. IV, III, 443.

<sup>26</sup> B. Gracián, *El discreto* XIX, p. 321.

es ni ángel ni bestia, sino a la vez lo uno y lo otro. Esto es, en aquel estado por el que merece ser llamado un «ridicolosísimo error»<sup>27</sup>. De suerte que la grandeza del hombre grande se revela por comparación con la pequeñez, no ya sólo del resto de los hombres, sino con la propia de él mismo, y este su flanco miserable resulta requisito imprescindible para que resplandezca su excelencia. Si el admirable no dejara ver sus defectos, ya no cabría la pregunta que se hace todo admirador: ¿cómo ha llegado a tanto quien en otras cosas es tan poco, o sea, quien es *como yo*? El digno de admiración ha de ser un hombre imperfecto; si, con relación al ideal, ya lo es incluso en aquello que nos supera con creces, cuánto mayor será su deficiencia medida según aquellos otros valores en que tal vez seamos nosotros los superiores...

Semejante combinación insoluble de eminencia y bajeza, sin embargo, no autoriza a concluir que «sólo la mediocridad es buena», y menos aún si la tesis se funda en que así lo ha decidido siempre la mayoría<sup>28</sup>... Podemos llamar término medio a ese tejido mixto de que está hecho el hombre, y entonces tiene sentido predicar de la especie humana que «salirse de la humanidad es salirse del punto medio». Sí, pero la excelencia que vuelve admirable al individuo estriba en desplazar hacia arriba tal medianía; o sea, en aumentar su ración de grandeza y hacer decrecer la de su miseria, en desarrollar su parte de ángel y disminuir la de bestia. Son, pues, otras las enseñanzas que extraer del hecho de que toda admiración sea por naturaleza limitada y selectiva. Ahora se entiende que ni lo despreciable de alguien debería impedirnos detectar lo que en él haya de admirable, ni elogiar lo sobresaliente podrá cegarnos tanto como para no saber deplorar lo que muestre de menos valioso y aun de abyecto. No hay alternativa que nos obligue a escoger entre una admiración total o el repudio absoluto. Pero eso nos abre asimismo a la esperanza de que no haya ser humano que no albergue, siquiera en algún rincón de su existencia, alguna cualidad admirable: «Ninguno hay que no pueda ser maestro de otro en algo; ni hay quien no exceda al que excede»<sup>29</sup>. Llegar a eso precioso de cada cual, he ahí una tarea digna del mejor admirador.

Pasa simplemente que los defensores de aquella posición extremosa, como Simone Weil, se apoyan en el abusivo presupuesto de subsumir la admiración en el amor. «¿Es posible admirar sin amar? Y, si la admiración es un amor, ¿cómo nos atreveríamos a admirar otra cosa que el bien? Bastaría hacer con uno mismo el pacto de admirar en la historia únicamente las acciones y las vidas a través de las cuales irradia el espíritu de verdad, de justicia y de amor...» (ib.). Pero no es preciso rubricar tal pacto interior en cuanto se acepte que, siendo moralmente admirable sólo el bien, no hay persona del todo ayuna de él; de manera que el mal no puede ser admirable, pero quizá sí el malo en algún otro aspecto de su conducta (y hasta en el mismo tesón que a menudo pone en su maldad). Ni tampoco hay que suscribir aquel convenio si se distingue la admiración de la *devoción*, que es -en palabras de Spinoza- esa misma admiración dirigida a un hombre a quien ama-

<sup>27</sup> *Pensamientos*, respectivamente, 84 (y 314), 176, 328-31 (y 308), 268-70, 275 y 95-96.

<sup>28</sup> *ibidem*, 327.

<sup>29</sup> B. Gracián, *Oráculo* 195. Cfr. 438.

mos<sup>30</sup>. Digamos entonces que, mientras el amor se dirige al ser entero de la persona amada, la admiración enfatiza por eminente una u otra de sus cualidades. Habrá alguna afinidad entre ese amor, que aprehende sin abstraer, y la admiración, llamada a discernir, pero lo admirable no se superpone sin más a lo amable. Nunca falta alguna dosis de admiración en el amor; pero, al ser éste una pasión que va más lejos que aquélla, no es forzoso que el admirador la profese hacia su modelo. «Siempre amamos a los que nos admiran, pero no siempre amamos a los que nosotros admiramos»<sup>31</sup>.

Y no faltará, en fin, el suspicaz que asegure que para el admirador no hay objeto más admirable que él mismo y que, en el fondo, sólo admiramos para ser admirados. La tradición se remonta por lo menos a Ovidio: «Admira todo lo que por él mismo es admirable. Sin sospecharlo, se desea a sí mismo; y el que da su aprobación es el mismo que la recibe»<sup>32</sup>. ¿Acataremos este diagnóstico sin discusión? Que hay fatuos prendados de sí mismos, de eso nadie duda, ni tampoco de que estos narcisos ni siquiera guardan espacio para admirar a otro. Pero, sin llegar a semejante extremo de presunción, no cabe ni el asomo de admirarnos moralmente a nosotros mismos de forma individual<sup>33</sup>. Faltaría esa cierta distancia y el referente exterior que nos permite compararnos en valor con él; estamos demasiado próximos a nosotros mismos o, lo que es igual, nos conocemos demasiado para apartar de la vista nuestros defectos y los a menudo mezquinos móviles de nuestra conducta. ¿Y qué sentido tendrían en ese supuesto la emulación o la imitación que vienen a una con la admiración?

Son posibles, eso sí, modos de admiración que apenas oculten el deseo de ser admirados. Casi no puede descartarse algún secreto afán en quien admira de ser puesto a la altura de su admirado y de verse así asociado a su fama. En cuanto el espectador admirado se imagine contemplado a su vez por otros espectadores, es fácil que se sienta impelido a recabar la admiración del prójimo a partir de esa cierta connivencia con el hombre superior que la suya manifiesta. ¿Bastaría eso para privar de todo valor moral a este sentimiento y, como Mandeville, reducirlo a un estrecho amor propio que en todo lo que hace busca sólo ser halagado por los demás? No, salvo que sea culpable de vanidad, esto es, de un deseo de ser elogiado por cualidades que no lo merecen o que no se poseen<sup>34</sup>. Queda todavía que aquel sentimiento provenga del apego a la fama y reputación bien fundadas, y que engendre el deseo de adquirir estima a través de lo que en verdad es estimable. Y como, en este caso, el deseo del elogio merecido no es más que desear que se cumpla un acto de justicia elemental, puede concluirse lo que a buen seguro rechinará a unos oídos democráticos: «El anhelo de justa fama, de la gloria verda-

<sup>30</sup> *Ética* III, prop. LII. Y también III, def. X.

<sup>31</sup> La Rochefoucauld, *Máximas* 294. Cfr. 396.

<sup>32</sup> *Metamorfosis* III, 424. Lo cita Montaigne en su *Apología de Raimundo Sabunde*, p. 208.

<sup>33</sup> Matizo «de forma individual», para distinguir lo que se dirá después a propósito de la humanidad del hombre (conciencia moral, dignidad: cfr. Kant) como objeto de la admiración. Porque en esta última no es uno mismo el objeto admirable, sino lo que tiene en común con los demás hombres.

<sup>34</sup> A. Smith, o.c. VII, II, 4, pp. 536-41. Cfr. pp. 237 y 249.

dera, incluso por sí mismas e independientemente de cualquier ventaja que pueda derivarse de ellas, no es algo indigno ni siquiera en un sabio».

Pero, ligado a la admiración, queda sobre todo ese otro deseo aún más elevado de hacer lo honroso y de volvernos así objeto de la estima y aprobación ajenas, que es en puridad amor a la virtud, «la mejor y más noble pasión de la naturaleza humana». Así se expresa Adam Smith en este punto: «El aprecio y admiración... necesariamente nos predisponen a desear convertirnos nosotros mismos en los objetivos de sentimientos agradables análogos y de ser tan afables y admirables como aquellos que más amamos y admiramos... »<sup>35</sup>. Nada más lógico que esa conexión *necesaria* entre el sentimiento de admirar y el deseo de convertirse en admirable, porque sería absurdo apreciar algo al máximo cuando se muestra en otros y repudiarlo para nosotros mismos.

### 5. Una pasión de alegría (y de tristeza)

Quienes conciben la admiración como un sentimiento de tristeza la han confundido en ocasiones con la emulación que de ella emana y, así, con el pesar y la pena que a esta última le atribuyen. Aunque no sea cierto que el combate que el admirador libra en su interior haya de ser siempre penoso, resulta innegable al menos que el sujeto que aplaude la excelencia ajena confiesa a la vez su relativa miseria, constata la distancia que le separa del ideal y padece, en definitiva, una emoción pesarosa. En los tiempos que corren, se diría sin vacilar que la admiración que prestamos a otros nos humilla a nosotros; en el mejor de los casos, estaríamos ante un sentimiento ambivalente. Fue Plutarco el que observó que quien se compara con las obras de un hombre perfecto, por una parte, está «herido al ser consciente de su inferioridad» y, por otra, se alegra «a causa de su esperanza y deseo... esforzándose por unirse de algún modo con el hombre bueno»<sup>36</sup>. Como denota y a un tiempo refuerza un cierto progreso moral, la admiración resulta placentera; en la medida que es señal de no haber alcanzado el ideal admirado, le corresponde también alguna dosis de pena.

Pero el caso es que se trata de una pena muy especial. Para empezar, se opone de frente al pesar propio de la envidia, desde el momento en que la admiración surge -según el texto aristotélico- «no porque [los bienes deseados] pertenezcan a otro, sino porque no son de uno». Al admirador para nada le duele que el admirado posea los bienes apetecidos, sino no poseerlos él mismo, y esto ya es un pesar más liviano que el de la envidia. Al contrario, la desdicha del envidioso se agrava imparablemente por el hecho de que desea algo que no depende tan sólo de él y prepara así un conflicto inevitable. O, lo que es igual, como el admirador no busca la posesión exclusiva y excluyente del valor admirable, su pesar se refiere a algo que anhela *también él*, pero *no para él sólo*. Admirar un bien es, por principio, compartirlo sin trocearlo.

<sup>35</sup> *ibidem* III, 2, pp. 232-35. Cfr. I, III, 3, p. 139.

<sup>36</sup> «Cómo percibir los propios progresos en la virtud», *l. Moralía* I, p. 298.

Sucede entonces que la visión del modelo que plasma a su manera lo admirable, no sólo sirve de estímulo para que yo lo desee, sino de fundamento de mi esperanza en conquistarlo: si aquél ya lo posee, también yo podría, puesto que soy tan humano como él. Descartes dice que quien emula se dispone a grandes empresas «en las que espera tener éxito, porque ve que otros tienen éxito en ellas»<sup>37</sup>, y en esa expectativa se amortigua la pena de no gozar todavía del bien admirado y se incuba el placer de su conquista anticipada. Al final, la verdadera admiración expresa la dicha de que lo valioso esté ya encarnado en algo o por alguien. A quien admira alguna excelencia y procura hacerla suya, lejos de entristecerle que el otro ya la haya realizado en cierta medida, le satisface que tal excelencia sea así de *real* y, por tanto, que sea *posible* también para él mismo alcanzarla.

Claro que cabe admirar lo que bien sabemos que no lograremos, ya sea por la naturaleza infinita de los valores o por la conciencia de nuestras limitadas capacidades para plasmarlos. ¿Y por qué había de suponer ello un obstáculo para admirarlo, como si lo admirable tuviera que coincidir con lo perfecto? Lo digno de admiración no se mide sólo con arreglo a esa idea de perfección absoluta a cuyo lado «las acciones de todas las personas deben siempre parecer reprobables e imperfectas»; para comenzar a serlo, basta ya con que supere al menos el grado normal de valor que los hombres y sus conductas suelen encarnar<sup>38</sup>. Se puede ser el mejor sin ser perfecto, crecer sin llegar al límite, y todo ello resulta para el admirador lo bastante gratificante aun en medio de la conciencia de lo que todavía le falta.

Más aún, a veces se olvida que la admiración no se dirige tan sólo al valor más notorio de lo admirado, que puede resultar a todas luces inalcanzable, sino también a otras cualidades que concurren a su excelencia particular y que nos son más accesibles. Uno admira a un atleta no porque él mismo se crea capaz de salvar los cien metros en menos de diez segundos, sino porque valora el coraje, la disciplina o la belleza que en su carrera se manifiestan y los desea bajo otras formas más interesantes y asequibles para sí mismo. Y, sobre todo, no hay que olvidar que lo que parece imposible para este o aquel hombre es posible para la Humanidad, puesto que ya lo ha sido para algunos de sus individuos más eminentes. Esto es lo que admira y *celebra* el admirador, que no se detiene tanto a considerar su propia deficiencia como a gozar del espectáculo de esa excelencia ajena de que la Humanidad da testimonio. Pero también aquí asoma la ambivalencia de nuestra pasión. Pues lo mismo que le embarga la satisfacción de pertenecer a una especie que ha dado ejemplares tan magníficos, le entristece la vergüenza de formar parte de esa misma especie cuando considera las muestras no menores de estupidez y vileza que ha deparado...

De suerte que, aun con la sombra permanente de ese cierto pesar, en la admiración prevalece el afecto de alegría. Así debe serlo si la admiración incita a una emulación entendida, al modo de Descartes, como «una especie de valor» y cuya causa natural consiste en que el deseo y la esperanza tienen en el cuerpo más fuerza

---

<sup>37</sup> o.c., CLXXII

<sup>38</sup> A. Smith, o.c., I, I, 5, p. 78.

vital que el temor o la desesperación<sup>39</sup>. Pero es Spinoza quien mejor nos hará entender la jovial naturaleza de la admiración, si por ella «el alma se considera a sí misma y considera su potencia de obrar»<sup>40</sup> y, por consiguiente, viene a ser un modo del amor propio o contento de sí mismo (III, LV, esc.; III, def. XXV). ¿Que parece ser también una pasión de tristeza, puesto que supone asimismo una conciencia de impotencia y se acerca así peligrosamente a la humildad (III, LV y def. XXVI)? Se trata de una falsa apariencia. «Pues si suponemos que el hombre percibe su impotencia porque conoce que hay algo más potente que él, y con dicho conocimiento delimita su potencia de obrar, lo que estamos concibiendo entonces es que el hombre se conoce a sí mismo distintamente, o, lo que es lo mismo, que su potencia de obrar, precisamente, está siendo favorecida» (IV, LIII). Y entonces no le cabe más reacción afectiva que el júbilo.

Porque no es lo sobrehumano y ajeno al hombre, el objeto de la admiración, sino lo humano y propiamente suyo: aquel *zēlos* aristotélico se refiere a los bienes «considerados propios de que uno mismo los consiga». Sólo es admirable lo que el hombre puede mirar como propio. Por el contrario, lo que tiene por impropio o no perteneciente ni acorde a su naturaleza (es decir, lo inaccesible del todo, lo que le sobrepasa infinitamente, lo superior en absoluto), eso no puede provocarle admiración alguna porque ni siquiera es digno de ella. Eso es, por definición, algo de lo que *se* admira (asombra) como ante lo extraño y radicalmente otro. Si sólo admiramos lo que es imitable, ni las obras de Dios ni las de la Naturaleza son admirables. Así que el hombre admira lo que en principio *puede* ser y, en tanto que valioso, *debe* ser, aunque este admirador particular ya no pueda y por más que ese valor admirado nunca se agote en su encarnación concreta.

La admiración, en suma, revela las posibilidades humanas, sus potencias, más que su debilidad o impotencia. Lo mismo da que esas posibilidades sean las del Hombre o las de cada hombre. El admirador igual se exalta con su propia potencia individual que con la satisfacción de que el valor admirado pertenezca al campo de las propiedades humanas. Por eso la admiración, como un sentimiento que expresa en su sujeto un proyecto de ser y de ser más -de ser, en fin, como lo admirado-, tiende a la misma infinitud del *conatus* y del *deseo de poder*. Aunque su mero gesto admirado también pueda servir de evacuatorio de múltiples impotencias, la admiración representa como tal un síntoma de potencia: el admirador mira lo que aún no ha llegado a ser, pero *potencialmente ya es*. En lo admirable cada individuo distingue y quiere su mejor yo, así como la especie humana percibe y aspira a su humanidad más lograda. Admirar es, en cada hombre lo mismo que en la Humanidad, una forma de poder y lo que muestra el alcance de su poder: al final, podemos cuanto admiramos.

Habría, pues, que afinar la doctrina de Lessing según la cual «la admiración es una emoción que crea distancia» y rechazar su dictamen de que «admiro lo que está más allá de mis posibilidades y lo que está por encima de mí»<sup>41</sup>. Porque, más que

<sup>39</sup> o.c., *ibidem* y CLXXI.

<sup>40</sup> Spinoza, *Etica* III, LIII. Las referencias restantes vendrán entre paréntesis en el texto que sigue.

<sup>41</sup> G.E. Lessing, ... Citado por H.R. Jauss, *Experiencia estética y hermenéutica literaria*, p. 248.

crear esa distancia, la admiración ciertamente da fe de una cierta lejanía entre el sujeto admirador y el objeto admirado; los designios, trabajos y costumbres de los grandes les separan de la mayoría restante. Pero ¿no estará más distante aún el inepto para admirar, si ni siquiera puede percibir aquella distancia? Admirar es reconocer la distancia que nos separa de lo excelente, pero también ponerle medida y disponerse en lo posible a salvarlo... Y es verdad asimismo que se dirige a lo superior, pero no a lo que trasciende *en absoluto* a mis posibilidades, sino tan sólo a lo que supera mi realidad *de hecho*.

Haríamos mejor entonces en entenderla como una emoción tanto de la distancia como de la cercanía. De la distancia, porque en efecto la admiración proclama una relación de inferior a superior y, en esa medida, parece enturbiar las delicias de la amistad. Pero es emoción también de la cercanía, ante todo, porque delata ya una proximidad esencial entre el objeto y el sujeto de la admiración. Admirar es descubrir oscuramente que algo de lo admirable está ya en mí o presenta alguna afinidad conmigo: como alguien observó con agudeza, admiramos con lo que de admirable hay en nosotros. Lo que significa que aquella cierta afinidad entre el admirador y el (o lo) admirado que se revela y confirma en la admiración es, antes todavía, el primer requisito de tal sentimiento. «Para juzgar de las cosas grandes y elevadas -pensaba Montaigne-, es menester alma igual; si no, las atribuimos al vicio que nos es propio»<sup>42</sup>.

Y así se viene a concluir que la conciencia de la inferioridad propia frente a la superioridad ajena, que parecía entrañar la emoción admirativa, ha de resolverse en una conciencia más honda de semejanza entre sus dos polos. No hay admirador verdadero que no muestre en su misma condición una cierta connaturalidad, como si dijéramos, alguna condignidad con lo que tiene por ejemplar. Su misma admiración constituye la prueba de esa simpatía. Nada hay de prodigioso en este parentesco, dado que sólo podemos percibir aquello para lo que tenemos el sentido preparado y admirar eso hacia lo que tendemos habitualmente la mirada; el resto, antes de no sernos admirado ni siquiera estimado, nos pasa simplemente inadvertido. Porque ya sentenció Dickens que «en las almas, como en los mares, el abismo responde al abismo»<sup>43</sup>. No se dice esto para que todo admirador, por el mero hecho de serlo, caiga en vanagloria y se crea ya inmediatamente a la altura de lo que admira. Se dice para que el auténtico admirador, al descubrir su sintonía con la grandeza, no desespere de hacerse grande algún día. Y se dice también para que, si no lo consigue, *se contente* ya con la admiración que le dispensó.

Mas esa ambivalencia afectiva que ya hemos reiterado asoma por cualquier esquina. Asoma no tanto en la relación que mantiene el admirador y lo admirable, cuanto en la que se establece entre ese mismo admirador y el ingente número de los que ni se orientan por la virtud ni tienen ojos para los virtuosos. Por largo que sea el trecho que le separe de su modelo, aún es menor que el que tiende a crearse con respecto a los satisfechos incapaces de admirar pero muy capaces de envidiar. Tal vez de poco le vale al admirador la íntima satisfacción de sentirse parte de un

<sup>42</sup> Montaigne, o.c., I, 14, p. 109.

<sup>43</sup> Ch. Dickens, *Tiempos difíciles*, p. 288.



círculo escogido formado por sus semejantes, si ha de pagar el precio de ser excluido de todos los otros. Es aquí donde la pena resulta inseparable de la admiración. De un lado, porque el propio admirador debe prepararse para resistir los embates de la burla y del desprecio, cuando no del odio, que los demás -los *normales*- han de prodigarle. Pero más aún porque no puede librarse de ese otro doloroso desprecio que su misma admiración hace anidar y crecer en él: ¿o acaso el gran admirador no será, como entendió Nietzsche, el gran despreciador? El que más se goza de la excelencia cuando la descubre en unos pocos, más se apena también cuando comprueba su ausencia en tantos otros, y la misma raíz de su profunda alegría es la de su desgracia.

\*\*\*

Aurelio Arteta  
Dpto. de Ética y Filosofía Política  
Universidad del País Vasco  
Apartado 1249  
San Sebastián